

Raíces, intenciones, silencio: imaginarios sobre la familia en la literatura de escritores socialistas bajo la Dictadura Franquista y en el exilio (1938-1972)*

Juan-Miguel Arranz

Universidad de Salamanca y Residencia de Estudiantes (CSIC)

Introducción

Este trabajo se enmarca en una investigación sobre las concepciones de la familia en el socialismo español, en el cual la óptica prevalente a ese respecto, a la altura de los años 1930, era la llamada subordinación positiva. Esta consistía, a grandes rasgos, en la aceptación de la mujer en el trabajo *productivo* y la sociedad civil, pero sin exonerarla del trabajo *reproductivo*¹. Ese modelo dominante era, principalmente, fruto de la interacción de tres grandes *corpora* ideológicos familiares y de género²: la domesticidad burguesa³, un *familiarismo* agrario premoderno⁴ y la respetabilidad de la cultura de los oficios, matriz, esta, del socialismo hispano⁵.

La diversidad de las fuentes susceptibles de consulta para el trazado de esta genealogía de las ideas socialistas acerca de la familia y del género comprende también las literarias; numerosos fueron los literatos militantes del socialismo español desde sus primeras décadas: Felipe Trigo, Miguel de Unamuno (fugaces estos) o, en especial, Julián Zugazagoitia⁶, junto a tantos otros de menor predicamento y más estrictamente

* Trabajo realizado gracias al disfrute de un contrato predoctoral de los Programas Propios de la Universidad de Salamanca (convocatoria de 2022) y de una Beca 2022-2023 del Ayuntamiento de Madrid en la Residencia de Estudiantes de Madrid (CSIC), modalidad de Ciencias Sociales y Humanidades.

¹ Francisco de LUIS MARTÍN: "Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936)", en Francisco Javier LORENZO PINAR (ed.): *La familia en la historia. XVII Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pp. 261-291, esp. p. 289.

² Juan-Miguel ARRANZ: "La construcción de modelos familiares y de género en los discursos del socialismo español: una panorámica general (1879-1939)", en Francisco Javier de SANTIAGO-GUERVÓS, Teresa FERNÁNDEZ ULLOA y Miguel SOLER GALLO (eds.) (2023): *El discurso como herramienta de control social*, Berlín, Peter Lang Alemania, pp. 429-438, esp. pp. 433-434.

³ Ana AGUADO: "Familia e identidades de género: representaciones y prácticas (1889-1970)", en Francisco CHACÓN y Joan BESTARD (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 743-808, esp. p. 776. Pilar MUÑOZ LÓPEZ: "Entre lo privado y lo público: hijos, esposas y demás familia entre la I y la II Repúblicas", en Francisco Javier LORENZO PINAR (ed.): *La familia...*, pp. 293-318, esp. pp. 310-311.

⁴ Remi LENOIR: "La genealogía de la moral familiar", *Política y Sociedad*, 42, 3 (2005), pp. 209-225, esp. 213-214 y 217.

⁵ Francisco de LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ: "Los templos obreros: funciones, simbología y rituales de las casas del pueblo socialistas en España (1900-1936)", *Cuadernos de historia de España*, 76 (2000), pp. 273-300, esp. p. 296.

⁶ Esbozando al proletariado y el socialismo vascos finiseculares en obras como *El botín* (1927) o *El asalto* (1929). Sara HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN: *Emociones obreras, política socialista*.

practicantes, en la prensa socialista, de la llamada “literatura proletaria”⁷. Pero es desde la Guerra Civil que se dieron los socialistas de larga militancia que, a la postre, han sido estimados como los de mayor envergadura artística, más conocidos por su producción literaria de ficción que por su afiliación política: Arturo Barea (exiliado en Inglaterra)⁸, Max Aub (en México) y Luis Martín-Santos, permanente en España⁹.

Así, se pretende identificar las referencias a la familia en la obra literaria de esos autores y analizarlas en función de diversos factores: el grado de identificación con los valores y la cotidianidad familiares de la España en que vivieron: Restauración, Segunda República, Guerra Civil y Franquismo (este directa o indirectamente); y su concordancia con los presupuestos socialistas antedichos. Con ello espera elucidarse en qué medida y formas concretas la visión que esos literatos tuvieran de la familia, y de los roles internos y sociales de sus componentes, podía estar condicionada por haber continuado en o haberse evadido del país. También el posible condicionamiento de elementos como la generación, la extracción social, sus propias peripecias vitales...

Los presupuestos teórico-metodológicos del trabajo serán propios de la historia cultural, en el sentido de autores como Alejandro Lillo, para quien la utilidad de la novela como fuente histórica no estriba en su verosimilitud, sino en lo que los discursos subyacentes a sus modelos de familia y género revelan de la mentalidad del autor y de su época¹⁰.

Movimiento obrero vizcaíno (1886-1915), Madrid, Tecnos, 2018, pp. 17, 34, 133, 137, 146, 152-154, 157, 160-161, 165, 170, 175, 179, 227, 229, 262, 267, 307, 311, 318 y 344-345.

⁷ Que emula a la burguesa (realista), pero se dirige al pueblo, aunque con fines militantes concretos y diversos a los del arte popular. Pilar BELLIDO NAVARRO: *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla, Alfar, 1993, p. 15.

⁸ Francisco CAUDET: “Introducción”, en Arturo BAREA: *La forja de un rebelde*, Madrid, Cátedra, 2021, pp. 13-365, esp. pp. 81-88.

⁹ A este respecto, debe precisarse que la elección de estos tres autores, todos masculinos, no resulta arbitraria ni, en absoluto, ha venido motivada por un sesgo de género intencionado, sino que eran los que cumplían con esa condición de socialistas y de escribir ficción en un espacio transatlántico. Ello ha llevado, desgraciadamente, a excluir a una literata socialista tan señera como María Lejárraga, autora de ficción y exiliada, muriendo en Argentina casi centenaria y en los estertores del Franquismo, como acertadamente apostillaron a la primera versión de este trabajo la investigadora Paula Iglesias Bueno, de la Universidad Complutense de Madrid, y la profesora Carmen de la Guardia Herrero, de la Universidad Autónoma de Madrid, a quienes agradezco su observación sobre la ausencia de autoras femeninas en la comunicación. Sin embargo, no parece que Lejárraga reuniera ambos extremos simultáneamente; su obra como transterrada tuvo un carácter más bien político y autobiográfico, de lo que es la muestra más ilustrativa *Una mujer por los caminos de España* (1952). Laura LOZANO MARÍN: “María de la O Lejárraga: uso del seudónimo y contradicciones”, *Tonos digital: revista de estudios filológicos*, 33 (2017), paginación independiente, esp. pp. 4 y 13. Sin embargo, una investigación general, no solamente acotada a la narrativa, sobre la literatura de los y las socialistas en el exilio, y una historia general sobre los y las socialistas literatos, no debería dejar de contemplar a Lejárraga y a otras creadoras femeninas militantes del o afines al socialismo hispano, como este mismo autor pretende efectuar en futuras investigaciones que vinculen socialismo y literatura.

¹⁰ Alejandro LILLO: “La literatura de ficción como fuente histórica”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 267-288, esp. 287-288.

Arturo Barea

La forja de un rebelde (1940-1945)

“Cuando murió mi padre, [...] los tíos nos recogieron a mí y a ella [su madre, en Madrid]; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos [...]; por la noche se va a la buhardilla donde vive mi hermana Concha. [...] Le dan de comer en el colegio de monjas, y mi otro hermano, Rafael, está interno en el Colegio de San Ildefonso [...] Voy a la buhardilla dos días por semana, porque mi tío dice que tengo ser como mis hermanos y no creerme el señorito de la casa”¹¹.

Así caracterizaba Barea a la familia de su infancia semiburguesa, interrumpida por la muerte de su tío José. Tras esta, el Barea niño estalla contra su tía cuando esta despide a su madre como criada: “Mi madre no se queda aquí y yo tampoco. [...] Si no ha tenido usted hijos, se aguanta [...]. Mi madre ha sido la criada de usted doce años. [...] Para que usted se llene la boca de que la ha mantenido a ella y a mí”¹².

La opción por Leonor, su madre, sobre la tía Baldomera, además de serlo por su hogar humilde por encima el acomodado, lo es de una feminidad aguerrida y trabajadora sobre otra que, burguesa, y, sobre todo, por no haber procreado, parece ser menos femenina. Una dicotomía que condicionará su visión del género femenino el resto de la obra¹³. Otra mediación por el género del conflicto de clase interno del protagonista se ve en los enfrentamientos por razones económicas con su hermana Concha, cuyos trabajos –criada, planchadora...– son bastante menos cualificados a los de Barea, empleado de banca a los catorce años gracias al capital social y cultural debido al tío (fue entonces cuando se afilió, en 1911, a la Casa del Pueblo)¹⁴. No localizaba el autor –o su autorretrato juvenil– los fundamentos de clase y de género de esa descualificación de su hermana, como la que afectaba al conjunto de las mujeres de la época (apenas un 10% de la población activa en el Madrid de 1930)¹⁵. También su remedo adolescente da cuenta del condicionante de género en cuanto a la percepción social del comportamiento sexual, mucho más coercitivas para las mujeres en cuanto a guardar su virtud hasta el matrimonio:

“Ahora podía venir mi prima a restregarse conmigo. ¡Guarra! [...] No podía acostarse con nadie sin ser una zorra y se consolaba así. [...] Me gustaría acostarme con las chicas y a ellas les gustaría acostarse conmigo, pero no puede ser. Los hombres tienen a las zorras para eso; las mujeres tienen que esperar a que las case el cura”¹⁶.

Ya en 1924, tras licenciarse de la Guerra de Marruecos, cuenta Barea que “los demás habían comenzado a pensar que estaba ya en edad de casarme”. Lo creía, particularmente, la familia de Aurelia, la “amigueta” que tenía por entonces –pues “hubiera sido humillante

¹¹ Arturo BAREA: *La forja...*, pp. 282-283.

¹² *Ibid.*, pp. 530-531.

¹³ Laura María Teresa DURANTE: “Algunas notas sobre las figuras femeninas en la prosa de Arturo Barea”, *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, XXVII (2019), pp. 183-203, esp. pp. 186-188.

¹⁴ Arturo BAREA: *La forja...*, pp. 585-586, 608-610 y 635.

¹⁵ Luis DÍAZ SIMÓN: *La conquista de la modernidad. Madrid, 1880-1936. Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016, p. 409.

¹⁶ Arturo BAREA: *La forja...*, p. 624.

no tenerla” con veintisiete años—. Para los padres y hermanos de la chica, “si no decidía casarme o dejarla libre, [ella] estaba perdiendo el tiempo conmigo”. Así, se casa por seguir las mismas convenciones sociales que dictaban para la subalternidad doméstica de la mujer, aun teniendo, según su suegro, “la cabeza llena de modernismos” a ese respecto¹⁷.

Pero, pese a esas ideas progresistas y a nacer muerto el matrimonio, nunca se atreve a romperlo, y condicionado él por el discurso doméstico, mantiene una relación extramatrimonial con su secretaria mientras nacen sus cuatro hijos y toma, como era habitual, decisiones trascendentes para la familia sin contar con el criterio de Aurelia:

“No le agradó mucho el sitio. Admitía [...] la ventaja de su tamaño [...], pero todos los demás vecinos [...] eran [...] obreros y ella consideraba que nosotros pertenecíamos a una categoría social más alta [...]. Tal vez, lo único que yo quería era volver a mis raíces”¹⁸.

Ya en plena Guerra Civil, en 1937, Aurelia e hijos marchan a la retaguardia. Barea, que permanece en Madrid al frente de la Oficina de Censura de Prensa Extranjera del gobierno republicano, inicia una relación afectiva con una compañera de trabajo, con la que partirá al exilio inglés en 1938: la socialista austriaca Ilsa Kulcsar¹⁹.

Así, pasó de un estreñimiento por la domesticidad burguesa, al continuar su núcleo familiar, a una relación informal –en un contexto bélico, de amplios trastornos sociales–. Una evolución reveladora de la deriva de las concepciones familiares del socialismo hispano durante ese primer tercio del Novecientos²⁰. En especial del integrado por la clase media progresista²¹, que Barea había llegado a engrosar desde sus orígenes humildes.

La raíz rota (1951)

Ambientada en el Madrid de 1949, al que Antolín Moreno, un trasunto de Barea, regresa de su exilio británico para reencontrarse con su familia temporalmente y resarcirse, de alguna manera, de haberlos abandonado al huir de España. Sus esfuerzos serán hondamente en balde, imbuida su antigua mujer y su parentela, como toda la sociedad que se encuentra, del ambiente opresivo de la dictadura, aun por oposición. Las relaciones familiares y de género, en consecuencia, responden al modelo doméstico de la Restauración, pero extremado: Barea lo imagina prácticamente incuestionable, de no ser para un foráneo, como el propio Moreno:

“-Esto me recuerda una cosa que quería preguntarle a Amelia [su hija]: si no había tratado de trabajar en algo, aunque hubiera sido sólo medio día en alguna cosa ligera [...].

¹⁷ *Ibid.*, pp. 667-668, 895-898.

¹⁸ *Ibid.*, p. 997.

¹⁹ *Ibid.*, p. 1238.

²⁰ Francisco de LUIS MARTÍN: “Familia...”, pp. 288-291.

²¹ Santos JULIÁ: “Orígenes sociales de la democracia en España”, *Ayer*, 15 (1994), pp. 165-188, esp. pp. 176-177.

-¡Pero, papá!, ¿cómo puedes decir eso? [...] ¡Yo no puedo trabajar en una tienda o en un taller como una cualquiera!”²².

Pero esa impugnación resulta parcial: lo es, especialmente, de la dificultad de inserción femenina en la esfera pública, particularmente laboral, en concordancia con lo expuesto en *La forja...* y con la subordinación positiva. Pero no de los rasgos de un género femenino *esencializado* en lo que respecta a los cuidados. Al menos en boca de Juan, el hijo comunista de Moreno, y de su novia, al hablar del Estado de bienestar británico elogiado por don Antolín:

“-Eso es lo que pasa con vosotras, las mujeres. En cuanto os dan unas limosnas ya estáis contentas [...].

-A mí me gustaría tener una casita y bastante para vivir. Estar segura de que a los chicos no les iba a faltar de nada [...].”²³.

Max Aub

Las buenas intenciones (1954)

La primera de las historias de este literato franco-germano-español, afiliado al PSOE desde 1928 y exiliado en México durante el Franquismo²⁴, parte de una situación tan significativa para este trabajo como un donjuaneo: el de José María Alfaro, comerciante madrileño que, haciéndose pasar por su hijo Agustín, deja embarazada a Remedios, humilde planchadora. Tan estrambótico panorama deriva en una mascarada: Agustín se hace pasar por verdadero padre de su hermanastro para no disgustar a su madre, Camila, encariñada con Remedios y con el niño. Pero Agustín y Remedios se terminan enamorando. Esta, sumando la vergüenza por ello a la arrastrada desde el desliz con José María, acrecentadas por los prejuicios de Agustín, que le impiden reconocerse a sí mismo sus sentimientos, huye a Barcelona, viviendo ambos atormentados por la separación el resto del relato, prolongado entre el Primorriverismo y el fin de la Guerra Civil.

La brevedad de la acción, y, sobre todo, la relativa simplicidad de los personajes, verdaderos tipos a menudo, hace en esta novela más clara que en las previas la lectura de una crítica mordaz al discurso doméstico: “Dio la Paca el honor por perdido [...], no así los cuartos, que bien se los iban a sacar al pícaro [...]. Remedios lloraba, lamentándose de la condición humana”, se lee del lance de José María²⁵.

La calle de Valverde (1961)

Mayor riqueza de situaciones, grupos sociales y mentalidades que analizar, ofrece esta novela, ambientada (1926-1927) en el Directorio Civil de Primo de Rivera. Y las procura en cuanto al socialismo, más explícitamente que ninguna otra obra aquí estudiada, gracias

²² Arturo BAREA: *La raíz rota*, Madrid, Diario Público, 2011, p. 222.

²³ *Ibid.*, p. 123.

²⁴ Ignacio SOLDEVILA: “Max Aub Mohrenwitz”, en VV. AA.: *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009-2013, <https://dbe.rah.es/biografias/7033/max-aub-mohrenwitz> (consultado el 25 de octubre de 2023).

²⁵ Max AUB: *Las buenas intenciones*, Madrid, Bibliotex, 2001, p. 17.

a Fidel Muñoz, hermano de Feliciano, portera de la finca del número 32 de la madrileña calle de Valverde, en torno a la cual giran, más o menos mediatamente, las vidas de la mayoría de personajes. Muñoz encarna al tipo de socialista de la época: un tipógrafo que, pragmático, supedita la política a las mejoras en derechos laborales logradas por la aquiescencia con la Dictadura. Muñoz se declara, de hecho, afín a Julián Besteiro²⁶, el dirigente socialista más partidario, y hasta el final, del colaboracionismo²⁷. Muñoz parece ser igualmente significativo, para Aub, de la mentalidad social de la militancia socialista, incluyendo sus concepciones sobre las relaciones de género:

“-Viejo cochino: parece mentira que nos hayan educado juntos. ¿Esto es lo que te enseñan en la Casa del Pueblo?

-Mira, Feliciano: [...] Métete lo que quieras conmigo [...], deja la Casa del Pueblo en paz.

- [...] ¿Quieres ver cómo pusiste las sábanas anoche? Y ahora, por si fuera poco, vienes que da asco”²⁸.

Esta discusión entre el tipógrafo y su hermana refleja, primero, los roles de género vigentes de acuerdo con el discurso doméstico. Y, también, de consuno con este, las ideas habituales entre los propios socialistas, en cuanto a la perpetuación de la responsabilidad femenina sobre el ámbito privado propia de la *subordinación positiva*, que en esta situación ni siquiera llegaría a realizarse, pues el espacio público –la Casa del Pueblo– aparece enteramente vinculado al hombre, en tanto que su hermana vigila aspectos hogareños como sus maneras, su limpieza... Pese a lo cual, “mientras el señor Fidel Muñoz sea el señor Fidel Muñoz, en casa de Fidel Muñoz se hará lo que quiera Fidel Muñoz”²⁹.

Esta rectitud patriarcal en el hogar era compatible con el hecho de que Muñoz, “con esos principios de no darle madrastra a la chica [a su hija, al ser viudo], la había cargado de ocho medio hermanos”³⁰. Parece esto, como en la resistencia de Barea al divorcio, un plegamiento a un afán de respetabilidad, aunque no tanto burguesa, sino a la propia de la cultura de los oficios, en la que cual “la construcción de la masculinidad [...] se fundamentó en [...] una honra obrera basada en la responsabilidad exclusiva del varón como guardián de la moral y la decencia de las mujeres de su clase”³¹. Hasta el punto espetarle Muñoz al opositor Joaquín Dabella, novio de su hija Marga: “Usted es un señorito y mi hija una obrera [...]. No dudo que sea usted de lo más decente [...]. Pero [...] es de una clase y mi hija de otra”³², soslayando la opinión de su vástago.

²⁶ Max AUB: *La calle de Valverde*, Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 197 y 272.

²⁷ Josep TERMES y Ramón ALQUÉZAR: “Volumen 2 (1909-1931)”, en Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *Historia del socialismo español*, 1989, paginación independiente, esp. pp. 194 y 211.

²⁸ Max AUB: *La calle...*, p. 8.

²⁹ *Ibid.*, p. 9.

³⁰ *Ibid.*, p. 14.

³¹ Mary NASH: “El mundo de las trabajadoras. Identidades, cultura de género y espacios de actuación”, en José Antonio PIQUERAS ARENAS, Vicente SANZ y Francisco Javier PANIAGUA FUENTES (coords.): *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Centro Tomás y Valiente (UNED), 1999, pp. 47-68, esp. p. 61.

³² *Ibid.*, p. 269.

Cuestión aparte, y que está por investigar, es cuánto debía este discurso trabajador a la influencia burguesa directa, como han subrayado Foucault, Stone o Perrot³³; o a imaginarios más genuinamente populares, en línea con los *códigos de honor* campesinos de que hablase Robert Nye³⁴. Una noción bien explicada por Sara Hidalgo en su adaptación, para el caso del proletariado minero vizcaíno de los últimos años del siglo XIX y de primeros del XX, como *códigos de dignidad*. Así, para Hidalgo:

“Una parte de los trabajadores que vivían en la cuenca del Nervión incorporaron un concepto de dignidad que aglutinaba todo un conjunto de valores de la cultura obrera y sus modos de comportamiento. En cierta forma, se trataba de un código de conducta que sobrevivió del mundo artesanal y campesino, mundos a los cuales pertenecían una parte importante de los trabajadores y las trabajadoras en esta primera industrialización. [...] El socialismo vizcaíno hizo suya la defensa de este código”³⁵.

De tal forma que fue capaz de canalizar, a través de su *corpus* doctrinal, las emociones de indignación e impotencia y, en suma, el “sufrimiento emocional” que en los obreros suscitaban unas “condiciones de vida que ellos consideraban incompatibles con la dignidad humana”³⁶, tales como el que, los mineros:

“Para conseguir ser contratados, generalmente [tuvieran] que hospedarse y proveerse de víveres en los barracones y cantinas previamente acordados con el capataz, que se llevaba una comisión por el negocio, y cuyo pago se descontaba directamente del sueldo, encadenando muchas veces a los obreros a una deuda”³⁷.

En cualquier caso, y retomando la acción de *La calle de Valverde* en sí misma, la hipocresía de Muñoz es probablemente denotativa de una crítica aubiana a la rigidez de moral sexual de la Restauración, más que a los roles y la jerarquía en las relaciones de género, no explicitándose ningún discurso crítico con la separación de esferas, como sí hacía, aunque escasamente, Barea –en la discusión con su suegro a cuenta de los roles de género, que apenas detalla, por otra parte–. Sí que puede llegar a extraerse, no obstante, un reparo a la posición femenina en aquella moral sexual –que el socialismo reproduciría–, apareciendo las mujeres como sus mayores sufridoras: “Clementina se

³³ Francisco de LUIS MARTÍN: “Familia...”, p. 290. Martine SEGALÉN: “La revolución industrial: del proletariado al burgués”, en André BURGIÈRE *et al.*: *Historia de la familia. Vol. 2*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 387-409, esp. 390-393.

³⁴ Al menos en lo más cercano en el tiempo, en años y décadas. Es decir, se descarta la posibilidad de que, como venían a postular autores como los tres mencionados de forma inmediatamente previa, esos imaginarios obreros y/o populares de género se debieran a un influjo de los aparatos disciplinarios del Estado liberal burgués –beneficencia, policía, educación pública, etc.–, con asistencia empresarial y eclesiástica, al decir, en especial, de Foucault. Francisco de LUIS MARTÍN: “Familia...”, p. 290. En lugar de ello, Nye, aunque no se cierra en rotundo a una posible influencia de arriba abajo entre las capas sociales, da mayor peso a la idea de una evolución de los grupos subalternos paralela a la de las élites, pero entrópica. Robert A. NYE: *Masculinity and male codes of honor in modern France*, Nueva York, Oxford University Press, 1993, p. 28.

³⁵ Sara HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN: *Emociones...*, p. 134.

³⁶ *Ibid.*, p. 135.

³⁷ Sara HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN: “La emoción como fundamento de la clase: movimiento obrero y socialismo en la Vizcaya finisecular”, *Estudios de historia de España*, 23, 1 (2021), pp. 39-54, esp. p. 47.

ciega: [...]. La honradez se le coló de tal manera en el tuétano desde el día de su boda que la honorabilidad es la base misma de su vida”³⁸.

***Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos (1962)**

Este autor es el único de los tres que permaneció en España durante el Régimen; hijo de militar y joven falangista, llegó al socialismo a través de los intelectuales de la Asociación Socialista Universitaria, desde 1955, militando en el PSOE de 1958 a su muerte, en un accidente de tráfico, en 1962. Antes, había integrado antes la Comisión Ejecutiva del partido en el interior³⁹.

Mediante una experimentación formal inédita en la literatura española del momento, remedo –hasta cierto punto– de la técnica joyceana del flujo de conciencia⁴⁰, se presenta –y, más o menos veladamente, se critica– el panorama social de la postguerra. De tal modo, en el Madrid de 1949, Pedro, un joven investigador sobre el cáncer, ve frustrada su carrera científica tras ser envuelto, fortuitamente, en la trágica muerte de una joven de un poblado chabolista. Allí había acudido previamente en busca de ratones para su investigación por criarlos allí el Muecas, pariente de Amador, ayudante de laboratorio, a su vez, de Pedro. Es Florita, hija del Muecas, la que fallece al sufrir un aborto para cuya asistencia llama el padre a Pedro. Este, al no ser médico colegiado, huye sin dar cuenta del fatal suceso a la policía, que lo termina deteniendo, imputándole el deceso, hasta que el testimonio de la madre de la finada lo absuelve. Sin embargo, tras salir libre, aun sin cargos, su superior en el laboratorio lo despide. Por si fuera poco, antes de marchar de Madrid, su novia, Dorita, hija y nieta de las dueñas de la pensión donde se hospedaba en la capital, es asesinada por Cartucho, un joven chabolista que pretendía a Florita y que, todavía creedor de la culpabilidad de Pedro en la muerte de la joven, se venga.

Así, las mujeres, aunque personajes secundarios, resultan determinantes: es su intervención, o circunstancias que sufren ellas más directamente, las que deciden la acción⁴¹. Más allá de una posible intención narrativa de Martín-Santos mediada por lo social, y, en particular, por el género, es clara la percepción de una subordinación absoluta de la mujer en la sociedad de postguerra, como efectivamente continuó existiendo –y con mayor hondura que en los años de la República–⁴². En cuanto a la separación de esferas

³⁸ Max AUB: *La calle...*, p. 56.

³⁹ s.a.: “Martín-Santos Ribera, Luis”, en VV.AA.: *Diccionario biográfico del socialismo español*, Fundación Pablo Iglesias, <https://fpabloiglesias.es/entrada-db/martin-santos-ribera-luis/> (consultado el 25 de octubre de 2023).

⁴⁰ Luis Alberto LÁZARO LAFUENTE y María Soledad MORALES LADRÓN: “Técnicas narrativas en James Joyce y Luis Martín-Santos: estudio comparativo de *Ulysses* y *Tiempo de silencio*”, en Francisco GARCÍA TORTOSA y Antonio Raúl de TORO SANTOS (eds.): *Joyce en España (I)*, A Coruña, Universidade da Coruña, Servicio de Publicacións, 1994, pp. 101-112, esp. 111-112.

⁴¹ Christopher ANDERSON: “Mueca’s consort: the Great Mother archetype”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 12 (1988), pp. 287-295. Jo LABANYI: “Mujer y silencio en *Tiempo de silencio*”, en Iñaki BETI SÁEZ (coord.): *Luis Martín-Santos: [actas de las IV Jornadas Internacionales de Literatura. San Sebastián, 23-26 de abril de 1990]*, Universidad de Deusto, Servicio de Publicaciones, 1991, pp. 153-161.

⁴² Ana AGUADO: “Familia...”, pp. 743-808.

doméstica, pero también a una naturalización de unos rasgos (género) supuestamente esenciales a los sexos biológicos, y, en particular, al femenino, en el sentido de Joan Scott⁴³.

Por ejemplo, Cartucho asume como prácticamente connatural la promiscuidad sexual a las mujeres chabolistas, sin perjuicio de andar él mismo tras varias de ellas. Dice de una que le reclamaba la paternidad de su retoño: “¿Qué se habría creído? Que yo me iba a amolar y a cargar con el crío [...] Aunque fuera mío. ¿Y qué? Como si no hubiera estado [sic] con otros [...]. Que hubiera tenido cuidao [sic] la muy zorra”⁴⁴.

También ascendiendo en la clase social opera la naturalización del género: la efectúa la dueña de la pensión con su propia nieta, consigo misma y con Pedro:

“La niña es un bombón, una perita de agua [...]. Todavía ha de picar [Pedro] [...]. El día que se vea comprometido no ha de saber defenderse y ha de caer con todo el equipo y cumplir como un caballero, porque eso es lo que él es precisamente, un caballero, que es lo que a mí siempre me ha hecho tilín”⁴⁵.

Sin embargo, más evidente resulta la completa supeditación de la mujer, y más cuanto más deprimido es el entorno social. Las mayores expresiones de ello son, primero, la marginación en el trato con Pedro de Ricarda, la mujer del Muecas, pues, según este, “la pobre no sabe tratar. Discúlpela, que es analfabeta”⁴⁶. Y segundo, y, sobre todo, el que “los múltiples asistentes al acto [el aborto de Florita] [...] podían ser clasificados [...] en [...] “sabedores de que el padre de Florita estaba en trance de llegar a ser padre-abuelo”⁴⁷. Esto es, que el embarazo que da lugar al mortal aborto es resultado, se insinúa, de una relación sexual incestuosa y forzada entre padre e hija.

En suma, la novela parece asumir la existencia de un discurso de género, como en los casos previos, patrimonialista de la mujer y su sexualidad, aunque con menor atención a la respetabilidad, quizá por centrarse buena parte de la acción en ámbitos más depauperados. Sin embargo, no parece haber una toma de posición al efecto, o no tan clara como en la honestidad de Barea o la sátira de Aub. Quizá pueda, si acaso, verse la crítica en las relaciones de género no tanto por su propia representación, cuanto en la brutalidad de los hechos que las rodean: las muertes de Florita y Dorita, la utilización de esta por su abuela con fines de promoción social de la familia...

Conclusiones

Los tres escritores leídos son indudablemente críticos, no directamente con la institución familiar, que no aparece como opresiva por defecto, pero sí con distintos aspectos de las relaciones jerárquicas que, a través del género, se establecen dentro de la familia. Por ejemplo, aunque no en la mayor medida, con la separación de esferas, vista en: la domesticidad asumida de la esposa de Barea frente a sí mismo; la de la hermana del tipógrafo

⁴³ Joan SCOTT, “A reply to criticism”, *Internacional Labor and Working-Class History*, 32 (1987), pp. 39-45, esp. p. 40. Miguel Ángel CABRERA: “Lenguaje, experiencia e identidad: la contribución de Joan Scott a la renovación de los estudios históricos”, en Cristina BORDERÍAS, (coord.): *Joan Scott y las políticas de la historia*, Icaria y AEIHM, Barcelona, 2006, pp. 233-257, esp. pp. 236-238.

⁴⁴ Luis MARTÍN-SANTOS: *Tiempo de silencio*, Sant Joan Despí (Barcelona), Seix Barral, 1982, p. 54.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 96.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 61.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 130.

de la calle Valverde ante este; la total pasividad de la esposa del Muecas frente al liderazgo de este en las relaciones sociales de la familia y la relegación de sus hijas, en presencia de esas visitas –como la de Pedro y Amador al ir a buscar los ratones–, a las tareas domésticas.

Más clara parece la recusación de una autoridad patriarcal incontestada o que, al menos, busca serlo. Tales son el trato del tipógrafo Muñoz a las ninguneadas voluntades de su hermana y su hija; la disposición de Barea sobre el lugar de residencia de la familia sin contar con Aurelia; y, a un nivel extremo, el incestuoso forzamiento del Muecas a su hija, por el cual esta morirá.

También aparece desfavorablemente en los relatos la coartación de ese autoritarismo a la sexualidad, particularmente la femenina, en las ideas del joven Barea sobre su prima; en la imposibilidad, para sí mismo, de abandonar su matrimonio infeliz, aunque no de mantener una relación extramatrimonial; en lo deshonroso de un nuevo matrimonio para Fidel Muñoz, pese a estar encamándose con otra mujer y haciéndola madre; en la deshonra que el lance de José María supone para Remedios en *Las buenas intenciones* y en la imposibilidad de que la chica y Agustín puedan vivir su amor por los prejuicios del segundo; o en las críticas de Cartucho, en *Tiempo de silencio*, por la liberalidad sexual de las mismas mujeres con las que él es promiscuo.

Unos reparos a las relaciones de género y, sobre todo, a la moral sexual, propios de toda la *cultura democrática* española de los tercios final del Ochocientos y primero del Novecientos: los grupos obreristas, republicanos y, parcialmente, liberales y reformistas alfonsinos⁴⁸. Los socialistas, de hecho, se habrían visto más imbuidos de esa *cultura* con la incorporación al PSOE y a la UGT de un importante número de profesionales liberales, desde los años 1910, y en particular del ámbito institucionista, destacándose nombres como Julián Besteiro o Fernando de los Ríos o, entre quienes compusieron el *think tank* filofabiano de la Escuela Nueva, Manuel Núñez de Arenas⁴⁹.

Sin embargo, la enmienda *democrática* a las relaciones de género no desbordaba el discurso doméstico. Incluso lo alimentaba. Por ejemplo, mediante la incorporación de la teoría de la diferenciación sexual de Gregorio Marañón (naturalización de los géneros y, por ende, de los rasgos comportamentales a ellos atribuidos)⁵⁰ o por la idea, propia de la maternología y la eugenesia, de la necesidad de profesionalizar la maternidad⁵¹, que, para

⁴⁸ El concepto de *cultura democrática* fue formulado en José Carlos MAINER: “Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)”, en Albert BALCELLS y Manuel TUÑÓN DE LARA: *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1977, pp. 173-239. Cit. por Francisco de LUIS MARTÍN: “Las respuestas obreras a la cultura oficial en la España del primer tercio del siglo XX”, en Pedro CHALMETA, Fernando CHECA CREMADES, Manuel GONZÁLEZ PORTILLA *et al.*: *Cultura y culturas en la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, pp. 169-190, esp. 175-177.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 176. Santos JULIÁ: “Pablo Iglesias, la intelectualidad y el socialismo”, en Enrique MORAL SANDOVAL y Santiago CASTILLO: *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 1-24, esp. pp. 8-9.

⁵⁰ Mary NASH: “El mundo...”, pp. 53-54. Carmen CHAMARRO SANTAMATILDE: *La masculinidad obrera (1875-1931). Análisis de los discursos socialistas y liberales*, Trabajo de Fin de Grado, Universidad Complutense de Madrid, 2021, <https://eprints.ucm.es/id/eprint/66879/> (Consultado el 28 de octubre de 2023), p. 16 y 33.

⁵¹ Miren LLONA: “Los significados de la ciudadanía social para las mujeres trabajadoras en el primer tercio del siglo XX: la vida girada de María Ocharan”, en Miguel Ángel CABRERA: *La ciudadanía*

Sara Hidalgo, el socialismo recogió en lo que denomina *régimen emocional socialista científico*⁵². Unos presupuestos jamás cuestionados en estos libros. De estos podría extraerse, a lo más, y en el caso de Barea, un apoyo a la *subordinación positiva*, visible en pocos momentos más que en la discusión con su suegro sobre los lugares del hombre y la mujer en el hogar.

Pese a esas líneas comunes, sin embargo, la familia parece ocupar un lugar más importante en las obras de Aub, y, especialmente, de Barea, que en la de Martín-Santos. Los personajes de los dos primeros están casi siempre insertos en una situación familiar, y es a su través, en gran medida, que lo están en la sociedad, viéndose ésta estructurada por esas familias. Cabe preguntarse si ese peso narrativo de la familia se corresponde con el que pudiera ocupar en el imaginario social de los autores. Esto es, si realmente la familia era para Aub y Barea un elemento más central en la sociedad que para Martín-Santos. E incluso si para aquellos era más positivo, asimismo, pues en ellos son más variados los tipos y la calidad de las escenas familiares que en *Tiempo de silencio*, donde los entornos familiares resultan siempre negativos: las mujeres de la pensión son mezquinas e interesadas; la familia del Muecas vive procazmente; y la de Matías, amigo de Pedro, pertenece a una burguesía aún al Franquismo y sus intereses intelectuales son más por cuestión de preformar su estatus social que genuinos⁵³.

Por ello, se concluye provisionalmente que Martín Santos podría ser representativo de un discurso de menor y menos positivo peso familiar. No sería ese, obviamente, el imaginario franquista, del cual la familia era pilar, doctrinal y, más aún, socialmente: nunca había dejado de ser la española una sociedad *familiarista*, fiando su reproducción a los cuidados maternos antes que al incipiente Estado social de los años veinte y treinta⁵⁴.

Aquel discurso familiar de Martín-Santos sería, si acaso, el del grupo social al que había terminado perteneciendo: la clase media intelectual y antifranquista, continuadora, una generación después, y con independencia de la extracción de nacimiento de cada uno, de la burguesía progresista de Barea y Aub. ¿Significa ello una decepción con el papel social de la familia en ese cambio generacional, dentro del mismo sector? ¿Y dentro de la intelectualidad socialista y en el socialismo, en general? Y, de ser así, ¿vendría ese desengaño motivado por el repliegue reaccionario de lo familiar en el Franquismo, perdiendo lo avanzado en las décadas previas de racionalización de los vínculos familiares en cuanto a sanidad de la maternidad y los cuidados y de apertura a la mujer de la vida pública?⁵⁵ Responder a estas preguntas entraña proseguir explorando, primero, las concepciones familiares, en general, de la oposición al Régimen, menos conocidas que las franquistas. Pero también, concretamente, las de la burguesía opositora y del socialismo en esos años, mucho menos estudiadas que las socialistas hasta la Guerra Civil, también en proceso de conocimiento.

social en España. Los orígenes históricos, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria, pp. 193-256, esp. pp. 194-197. Sara HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN: *Emociones...*, pp. 244-256.

⁵² *Ibid.*, pp. y 341-345.

⁵³ Luis MARTÍN-SANTOS: *Tiempo...*, pp. 149-155.

⁵⁴ Miren LLONA: "Los significados...", pp. 195-198 y 201-203.

⁵⁵ Vid. Ana AGUADO: "Politización femenina y pensamiento igualitario en la cultura socialista durante la Segunda República", en Ana AGUADO y Teresa María ORTEGA PÉREZ (coords.): *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Universitat de València, Servei de Publicacions, 2011, pp. 145-172.